

helada. Tiritaba mi padre bajo el grueso capote y lo mismo Juanillo a pesar de ir embozado en su manta. En la paramera cubierta de nieve hasta la altura de más de medio metro ni encontraron un ser humano, ni un cobijo, ni mantenimientos, ni leña para calentarse al fuego.



Pasaban las horas sin dar con un pueblo, ignorantes de donde se encontraban, y decidieron confiarse al instinto de la cabalgadura a cuya cola se agarraba Juanillo para defenderse del cierzo, mientras mi padre arrebuñado y triste bajo su capotón dejó al animal que marchara a la aventura.

Ya atardecido, la mula se paró a la entrada de una paridera o encerradero donde estaba un pastor con su ganado. Medio arrastra, pues iba aterido de frío, entró Juanillo, salió el pastor en quien no cabía la idea de que con tal tiempo seres humanos pusiéranse en camino, fueron donde mi padre continuaba montado, y como no respondiera ni hiciese ademán de apearse, le desmontaron rígido, morado e insensible. Estaba medio helado. Juanillo, que no llegó a tal extremo gracias a caminar a pie e ingerir de vez en cuando un sorbo de aguardiente, quiso aproximarse a la lumbre que ardía en el fondo de la paridera, pero el cabrero no consintió pues como más práctico sabía que el calentamiento rápido determinaría una reacción congestiva violenta y hasta mortal; diéronle friegas, tendido en el suelo lo cubrieron de paja, entre los apretados dientes vertieron algunas gotas de aguardiente y a poco mi padre medio muerto comenzó a dar señales de vida.

A la mañana siguiente ya orientados reanudaron la marcha con tiempo frío pero sin caer nieve y al atardecer de ese tercer día arribaron a Molina, donde mi hermano Manolo había sido enterrado tres días antes víctima de una pulmonía. Veinticuatro horas más tarde emprendieron el triste regreso invirtiendo dos días en llegar a Ruguilla, con la fatiga física subsiguiente y la derrota moral sufrida por mi padre que caminó tres días seguidos acechado por la muerte, anhelante por ver al hijo querido, con la duda horrible acerca de su estado, temeroso de hallarlo grave, si no muerto, para al fin de las trágicas jornadas sufrir el martirio de saberle enterrado sin que la dura odisea siquiera hubiese servido para llegar a tiempo de darle un beso.

Siendo yo un hombre, he leído muchas veces una poesía del alemán Gohete titulada "El rey de las Elfes", que termina así:

*- Ay padre, mi padre. Cogerme procura,
Del rey de las Elfas la mano he sentido.
Horror siente el padre y al bruto castiga,
sujeta al muchacho con rígidos lazos,
y llega a su albergue con mucha fatiga,
y solo un cadáver llevaba en sus brazos.*

Siempre que leí esta composición recordé a mi padre caminando sobre la nieve, azotado por ella y el viento, aterido, triste y esperanzado a la par, fustigando a la mula ansioso de ver al hijo, de hallarlo vivo, de procurar con su ciencia devolverle la salud, de verle morir, al menos mientras él le prodigaba sus caricias; le imagino cuando llegó a Molina anhelante e inquieto y me lo figuro, desesperado y abatido, al encontrar que ni siquiera un cadáver tuvo entre sus brazos.

Fotos: F. Layna Serrano.